

Sobre el Dr. Vilardebó.

La lengua charrúa, Claude Bernard, la fiebre amarilla

Dr. Carlos Etchegoyhen

Al caer la tarde y desde las penumbras de la sala más al noroeste del Hospital de Caridad, aún se imponían a la vista las troneras del Fuerte de San José. Oculta a los ojos estaba, bien se sabe, la contraescarpa cubierta de pasto hasta las rocas que bordean la rada de Montevideo. Y como el calor apretaba, tal si fuese verano, no sería de extrañar que cuatro o cinco monjes hubieran bajado a bañarse en aguas de la bahía, lejos de alguna mirada indiscreta. Aguzando la vista, ya hacia el cerro, apenas se distinguía algún movimiento de tropas o de carros: el campo sitiador estaría, también, recién levantándose de la siesta.

Era noviembre de 1842 y un hombre alto, canoso, de faz adusta aunque con expresión benévola, acercó una silla al costado del camastro de una de las mujeres internadas en esa sala: el gallego Sagra, director del hospital, le había dicho días antes que la paciente, ingresada recientemente – cuyo nombre y edad se ignoraban – era “una china de don Manuel Arias”, mujer indígena en cautiverio, muy probablemente charrúa, y que se hallaba en las últimas.

Era a ella, precisamente, a quien este hombre – médico formado en España y Francia – había ido a conocer. Y, a poco de intercambiar algunas palabras entre ambos, el hombre se levantó y ordenó, suave pero firme, a una de las pocas empleadas de la sala que le trajera pluma, papel y tinta, que debía tomar notas. Las cuales no serían para una anamnesis, ya inútil, pues muy otro era ahora su interés: quería preservar la memoria de cierto decir que se esfumina, de una lengua que parecía desleirse entre nuevos ecos.

La pobre mujer, ya mayor, de tez oscura y larga trenza renegrida, de a poco empezó a emitir palabras, con sonidos guturales y por momentos sibilantes, extraños: el hombre señaló un ojo, y la mujer dijo “ijou”, la nariz, “ibar”, la boca, “ej”, oreja, “imau”, y así hasta completar cincuenta palabras... Esas serían las últimas, y únicas, palabras conservadas de la lengua charrúa, y fueron escritas a mano, en apenas dos pliegos de papel, por el primer médico uruguayo. Mientras la tarde y aquella mujer agonizaban, los demás sobrevivientes de su raza se dispersaban, sigilosos, entre ciudades y campos, resistiendo al etnocidio que el colonialismo y la naciente república concretaban.



Será necesario otro médico, casi cien años después, para rescatar esas mismas palabras, y editarlas. Este último dirá, conmovido, que “al terminar la lectura de estos fragmentos mutilados, que la ola del tiempo arroja desde el fondo de los siglos como despojos de un violento naufragio, no se asiste sin una nota de melancolía, a la lectura del hallazgo inesperado e imprevisto.

De aquella humanidad bárbara y salvaje que un día alentó briosa y rebelde sobre las cuchillas y en los bosques de esta tierra, apenas sobreviven, como expresión lejana de la psiquis indígena, – impenetrable y hosca a la civilización – algunas pocas palabras; insuficientes ya para revelarnos el secreto de su alma.”ⁱ

*

Apenas cinco años más tarde, aquel mismo médico que, como fiel secretario de una raza en extinción, registrara en Montevideo las palabras de una mujer doliente, se hallaba de vuelta en París. Fue en los alrededores del golpe de estado de Louis-Napoléon Bonaparte, cuando el exilio forzoso a Jersey de Víctor Hugo, pero nada de esto parecía preocuparlo en demasía, al decir de sus biógrafos más reconocidos. El estaba feliz de haber vuelto a París, lejos de las peleas de sus compatriotas más cercanos: que ya le resultaba intolerable el estilo episcopal y sentencioso del Dr Fermín Ferreira, como harto estaba de la soberbia impositiva de Melchor Pacheco. ¡Y ni qué decir de las bravuconadas montoneras de don Frutos! Pero, en verdad, lo que más le molestaba era aquella auto-complacencia cultural de unitarios y colorados en la ciudad sitiada: allí sentía que no podía estudiar ni pensar tranquilo, que siempre fue lo que más quería. En la “Nueva Troya”, se dijo, le faltaba el aire. París lo haría revivir.

Schiaffino, en 1940ⁱⁱ, rescatará otro escrito – aunque fragmentario- de la estadía del galeno montevideano en París: su Diario personal. Allí quedó escrito de todo: el precio del corte de barba, sus encuentros con franceses y compatriotas, y también alguna anécdota sobre el estado llamado éxtasis (que hoy se consideraría alucinatorio); registrará en esas páginas tanto sus frecuentes dolores de vientre como las consultas a su dentista, sus visitas a los museos y su cotidiana asistencia a la escuela de Medicina, sus recorridas por el hospital de la Charité y los precios de ómnibus, papel, lápiz, etc.

Y también los numerosos cursos a los que asistiera. No parece haberle sido ajena ninguna inquietud científica: entomología, botánica, psiquiatría, historia natural, geología, zoología, embriología, cirugía, semiología, fisiología con Magendie y, principalmente, con Claude Bernard.

Sin embargo no será hasta 1989 que se harán públicos los apuntes que el galeno del Plata tomara del primer curso de Fisiología Experimental, dictado por Claude Bernard, y que fuera revelado en nuestro medio por el Prof. Mañé-Garzónⁱⁱⁱ: el discípulo de Bernard escribió fielmente, en francés, las notas de cuarenta y seis lecciones antes incluso de que el propio Bernard editara su obra, considerada hoy no sólo fundadora de la fisiología actual, sino uno de los descubrimientos mayores del pensamiento occidental del siglo XIX. Infelizmente el nombre de su leal discípulo americano no habría de ser recordado ni por Olmsted^{iv}, ni por Grmek^v, siendo ambos, sin embargo, los más celebrados biógrafos de Claude Bernard.

*

Nuestro médico estuvo en Francia desde 1847 a 1853, para retornar luego al país de origen a bordo del vapor Guaraní. Desde que llegó a Montevideo trabajó incansablemente en la clínica médica, promovió las artes y las ciencias, poseyendo además una de las bibliotecas de material científico más nutridas de la región, acaso sólo comparable al acervo bibliográfico de Dámaso A. Larrañaga. Fue muy respetado profesionalmente por sus propios pares, y reconocido por la sociedad montevideana.

En una noche de 1857 dos hermanos Cesarco, pescadores y comerciantes, se acercaron a un barco brasileño anclado en la bahía: sobre él pesaba aún la cuarentena en observación. Retornando casi al alba a la ciudad, cinco días más tarde ambos hermanos perecerán del “vómito negro”, la fiebre amarilla. A los pocos días la epidemia estaba instalada en Montevideo, y las numerosas muertes amenazaron diezmar la población.^{vi} La inmensa mayoría de los médicos no cesaron en sus desvelos para asistir a la población, y nuestro primer médico estuvo en la vanguardia. Poco más tarde el también moría, víctima de la enfermedad. “Cayó en el fragor de la pelea – dirá Mañé-Garzón - cayó cumpliendo su obligación. Su muerte no pasó sin causar estupor y llanto^{vii}”. Fue el domingo 29 de marzo de 1857, y debió ser sepultado en una fosa común, tantos eran los decesos provocados por la epidemia.

La Junta Económica-Administrativa de Montevideo acordó, en ese momento, que la sala de Cirugía del Hospital de Caridad (Maciel), en su memoria, llevase su nombre: ese fue el primero de los muchos homenajes a los que se ha hecho merecedor a lo largo de los años. Se llamaba Teodoro M. Vilardebó.-

Gómez Haedo, J.C. – “Un vocabulario charrúa desconocido”, in Boletín de Filología, Tomo I. Nos 4-5, Imp Montevideo, Montevideo, junio-set. 1937, p 339

Schiaffino, Rafael – “Vida y Obra de Teodoro M. Vilardebó” (1803-1857)”, Imp. El Siglo Ilustrado, Montevideo, 1940, p 183-220

Mañé-Garzón, Fernando – “Primer Curso de Fisiología Experimental dictado por Claude Bernard, apuntes tomados por Teodoro M Vilardebó”, Acad. Nal. de Med. Uruguay / Fund. Beisso.Fleurquin, Montevideo, 1989

Olmsted, J.M.D. – “Claude Bernard. Physiologist”, Harper & Bros., New York-London, 1938

Grmek, Mirko D. – “Le legs de Claude Bernard”. Ed Arthème Fayard, Paris, 1997

Duprey, Jacques-André - “Crónica del Mosquito. Montevideo y la epidemia de fiebre amarilla de 1857”, Ediciones del Bichito, 2ª edición, Montevideo, 2002

Op Cit, ut supra.